

Una carta amarilla

Sofía Hermosillo García*



En los tiempos en que los aires eran otros y los amantes se dedicaban prosas en tentativa de rescatar sus palabras del viento. En esos días en que el querer se hacía con el cora-

zón en los labios y el alma en la tinta; en un intento de inmortalizar lo último de su amor en compañía antes que el tiempo le condenara al olvido, un no tan joven —dependiendo desde dónde se le mire— decidió pintar unos pocos párrafos a modo de ruego.

No sé qué día del mes que no recuerdo del año del que no estoy seguro
Muy querida y extrañada Mictlancihuatl!¹

Aun revivo cuando compartíamos lo que para otros es carne. Hoy presumo desperté extrañándote más que siempre y no quise dejar de evocar aquel día

en un intento de convertirnos eternos. Haciendo provecho de mi oportunidad ocasional para verte, he decidido dibujarle unas letras a nuestro encuentro para aferrarme a tu memoria.

La gélida brisa de noviembre besó tu frente y te despabilaste con el cuerpo rendido, ¡pareciese como si no hubieras dormido tanto! Al verte pienso —porque aún lo hago— lo preciosa que aún más te han dejado estas desdichadas fechas desde la última vez que te contemplé y ¡caray!, te adoro. Arrastraste tus pies para alcanzar un vaso medio lleno o medio vacío de agua. Vaya, pero qué desacostumbrado gusto tenía. El no reparar húmedos tus labios al ser acariciados por lo que debió ser traslúcido, te distrajo e hizo caerte en cuenta que no advertías la lengua. ¡Bah! Un efecto más de haber reposado tanto.

Un suplicio estrepitoso, y lejano a la vez, atacó tus oídos, ¿qué ha pasado que se lamentaba tanto? Te expliqué, pero me desconociste. Abriste la

Fecha de recepción:
2019-11-30

Fecha de aceptación:
2020-02-19

ENTORNO

014

¹ Diosa de la muerte en la mitología mexica.

* Estudiante de la Licenciatura en Derecho y de la Licenciatura en Trabajo Social de la UACJ.



puerta y viste la misma habitación en la que estabas. “Debo seguir dormida”, pensaste: ¿todavía piensas? Te exhibiste por la ventana con esa esencia alta y gobernadora que te distingue, no había nada; mejor dicho, no veías nada. Te buscaste los ojos y no estaban, ¿o no los sentías? Te pasmó tampoco reparar tus manos; quien sabe. Pero qué distraída andabas, ¿distraída o cansada? Desorientada.

Te llevaste al armario, ¿sí estaba ahí antes? Un vestido largo y emperifollado estaba de un alambre oxidado que funcionaba de gancho, si ese no lo tenías ¿o sí? Hubieras jurado que no, pero con tantas jugarretas que tu mente estaba formulando ya mejor no te atreviste a afirmar ni negar, ¡qué va! Al cabo un vestido más o uno menos no le hace mal a nadie. Te lo pusiste y te sentó muy grande, ¡qué flaca te has puesto! El color negro nunca te ha encantado y de mal gusto que tuviera esos hilachos morados que intentaban ser flores.

Brincaste. Es ese zaherido llanto otra vez. Con sosiego escuchaste y medio separaste entre los quejidos “mi clan”: no le encontraste sentido a la motivación de gimotear eso, así que hiciste oídos sordos... y me dolió. ¿Qué importa? Al cabo, mejor sorda que loca. Te diste permiso para oler las flores de veinte pétalos² que perecían en tu buró: tus favoritas, te las dejé yo... o eso creo. Y lo recuerdas: “mi clan no, Mictlán”.³ Qué inusual palabra. Cavilaste: Mictlán... Mictlantecuhtli...⁴ y me escuchaste. Mis plañidos ya no te jorobaron, por fin pude articular con lo último de mi voz para rescatarme de tu olvido: “¡Esas bestias montadas en gigantes lo hicieron! Me destrozaron esos paganos, se atrevieron a profanarnos con sus manos manchadas en sangre de nuestras curanderas y nuestros guerreros mientras robustecían sus bolsillos con nuestros tesoros. ¡Todo por la avaricia! Excusándose en su fe para dejarte viuda”.

² Al cempasúchil se le conoce como la flor de veinte pétalos.

³ Tierra de los muertos en la mitología mexicana.

⁴ Dios de la tierra de los muertos en la mitología mexicana.



Caíste sollozante en tus raquílicas rodillas, o lo que quedaba de ellas y me dolió más pero no podía permitirnos olvidar nuestro cariño. Pobre de ti, el calvario de mi ausencia te enflaqueció hasta los huesos. Ya ni recuerdas bien la diosa que eres, eso sí, la fama no te han quitado... No me sorprendería que te consuele pues siempre te ha gustado estar en la lengua de todos. Te bautizaron Catrina, ¡corrientes! Cuando estábamos juntos de dama de la muerte no bajabas. ¡Ese sí que era un nombramiento digno!

Interrumpieron tu lamento. *Esos* te invocaron y, ¿para qué? Para mofarse de ti, perdiéndote el respeto como cada año y eso me dolió aun más. ¡Como si despojarte de tu esencia no hubiera bastado! Nada más te sienten cerca e intentan alejarte con rezos al Dios por el que nos endemoniaron: hipócritas. Primero te huyen y luego te buscan, pero quién los entiende. Te vi

salir por ese hueco que quería hacer de puerta, ojalá me hubieras llevado entre tu falda o me hubieras permitido llorarte como niño suplicante de tu perdón por haber dejado que te hicieran esto, pero me quedé... Estático... Como un cobarde, como el cobarde que fui cuando te arrancaron de mi lado. Lamento con las entrañas no haber podido defenderte, Mictlacihuatl, y créeme que cada que te veo así me rompo un poco. Permanecí en ese cuartucho donde apenas cabe tu alma y unos cuantos vestidos. Me mantuve esperándote mientras sufría como nunca y amontonaba los pétalos para mi última carta amarilla, con el fin de poderte prometer que soy

eternamente tuyo.

Mictlantecuhtli

Posdata: Vuelve... Por favor... Y no me olvides que me muero. 